

CHIPO CÉSPEDES

POR JULIETA RUIZ DÍAZ



Hoy, Querido Chipo, no escribo por ningún motivo o fecha en particular. Simplemente escribo porque te recuerdo siempre. Y hoy, en *Hay que decirlo con libertad*, quise que estuvieras con nosotros en nuestro Siempre presente.

Te recuerdo, desde siempre. Pero me acuerdo mucho de ese enero de 1999, cuando me pasabas a buscar e íbamos a tu taller. Tu taller, desordenado según vos; maravilloso, para mí. Me mostrabas tus obras, me contabas anécdotas. Creo que nunca volví a tomar tanto mate, como con vos.

Tu perro gigante y tu gatito bebé nos acompañaban. El gatito era tan chiquito que el perro se acostaba y él dormía adentro de su oreja.

Tus historias eran infinitas. Tus manos eran magia cuando empezabas un boceto. Me hiciste un retrato y me regalaste una foto tuya tocando el saxo, que, egoístamente no voy a publicar. Los atesoro para mí.

Me gustaba llamarte los 23 de febrero para tu cumpleaños. Vos te acordabas también de mío, cerca del tuyo.

Después me fui a vivir a Francia, pero siempre te llamaba. Y al volver siempre había un huequito para un mate y una anécdota. Y para llevarte madalenas de limón, que tanto te gustaban. Las conseguía en la punta de Las Heras y vos vivías en Godoy Cruz. Pero siempre te decía que las buscaba camino a tu casa porque vos me decías, ya en el 2008 en adelante, que yo trabajaba mucho y que no perdiera tiempo con vos. Por supuesto, me encantaba ir a buscar las madalenas. Ese abril, que te fuiste, no pude ir a despedirte, estaba paralizada. Cuando supe que partiste, no pude ir. Quise quedarme con tu risa, con tu cara alegre, con tu mirada fija en el papel que ibas llenando. No podía creer que ya no estuvieras. No llamarte a tu teléfono fijo y pasar a verte un ratito.

Pero fui igual, ese día, a comprar madalenas. La vendedora, que sabía que yo las compraba para un amigo, me dijo: “están recién hechas”.

En ese enero del 99, además de mis tesoros, me diste el prólogo que escribí papá para “Una excursión a los Indios Ranqueles”, uno de tus libros de dibujos. Bellísimo. Papá decía que tenías una mano como pocos para dibujar. Es verdad.

Acompaño estas palabras, que son mínimas al lado del inmenso cariño que guardo hacia vos. “A los piscianos nos cuesta expresar” - me decías-. “Yo no creo en esas tonteras de los signos, pero en eso, Julietita, hay que reconocer que la pegan. Por eso expresamos a través del arte”.

Te quiero Chipó. Desde donde estés, quisiera que supieras que acá hay alguien que no te va a olvidar. Y te agradezco tu compañía, tu arte y tu bondad.

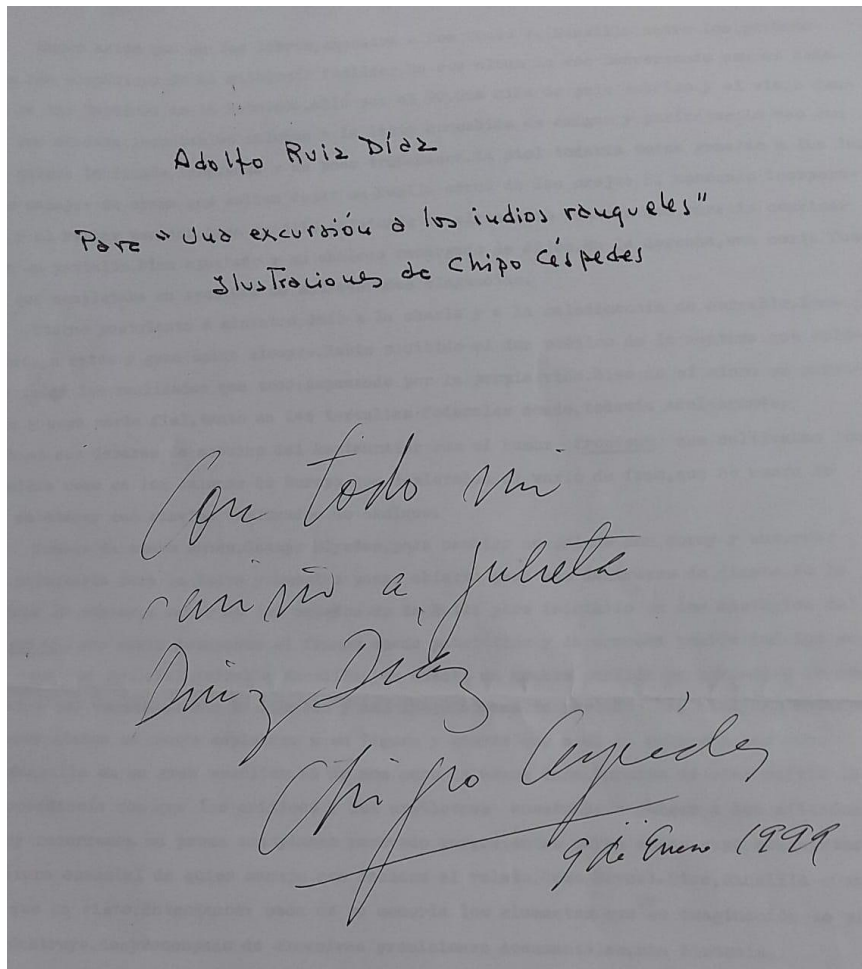
Sé que te gustaría releer el prólogo que vos mismo me regalaste, junto con el libro. Por eso lo escribo.

En unos días te llamo y paso a tomarme unos matecitos, los mejores del mundo.

“UNA EXCURSIÓN A LOS INDIOS RANQUELES”

LIBRO DE ILUSTRACIONES, POR CHIPO CÉSPEDES

PRÓLOGO, POR ADOLFO RUIZ DÍAZ



Mucho antes que los libros, encontré a Don Lucio V. Mansilla entre los personajes más simpáticos de mi mitología familiar. En ese álbum lo veo conversando con mi abuela en los Jardines de la Recoleta, allá por el 90. Una niña de pelo cobrizo y el viejo dandy que mandaba incontables saludos a la lista consabida de amigos y parientes. Lo veo con la galera inclinada, insolente y poco truhanesca. La piel todavía tersa gracias a los largos mensajes de crema que solían dejar su huella cerca de las orejas. El monóculo inesperado y el hablar pausado, bien criollo, salpicado de algún giro francés que parecía combinar con su pantalón bien ajustado y su chaleco recargado de dijes. En la derecha, una corta fusta que completaba su apostura de entreveradas elegancias.

Eterno postulante a ministro, dado a la charla y la maledicencia de corrillo, fanfarrón a ratos y gran señor siempre. Había recibido el don poético de la mentira que colorea todas las realidades que toca: empezando por la propia vida. Hizo de sí mismo un personaje y supo serle fiel, tanto en las tertulias federales donde, todavía adolescentes, combinó sus deberes de sobrino del Restaurador

con el humo “frondeur” que cultivaban los Mansilla como en los salones de Europa que deploraban, al verlo de frac, que no usara de vez en cuando sus atavíos emplumados de cacique.

Hombre de ancho mundo. Champs Élysées, para cambiar un saludo con Morny y susurrar una galantería para la Paiva y nuestra pampa abierta para sus destrezas de jinete. No le gustaba la música, a pesar de los empeños de la Patti para iniciarlo en los misterios del bel canto. Pero sabía acompañar el franco asado patriótico y la cremosa humita con los sabios vinos de Francia. Admirable Mansilla. Un estilo de hombre perdido para siempre lo contó entre sus versiones más originales y más inequívocamente porteñas. Los dibujos de Chipó Céspedes añaden un nuevo esplendor a su figura y pienso que a él le hubieran gustado.

Mansilla es un gran escritor. Ya no nos cabe la menor duda. Durante décadas sufrió la condescendencia con lo que los críticos y los criticones acostumbran a juzgar a los aficionados. Hoy recorremos su prosa con placer renovado porque, entre otras cosas, supo conquistar la soltura esencial de quien maneja con lucidez el relato. Como Bernal Díaz, Mansilla cuenta lo que ha visto. Entendamos: saca de su memoria los elementos que su imaginación le pide y construye, despreocupado de excesivas precisiones documentales, una historia.

Chipó Céspedes ha intuido con acierto esta virtud suelta, esta prosa impredecible que jamás pierde la buena senda. También su trazo deja de lado las falsas ostentaciones de elocuencia. Céspedes nos dice su Mansilla y, desde ahora, la excursión memorable a los indios ranqueles incluye un testigo que conserva sus imágenes. Demorémonos en estos dibujos de cabal señorío. Olvidémonos de lo que no sea un ancho mundo por delante acompañados por el mejor de los guías. Acomodémonos en el sillón, encendamos un cigarrillo. Mansilla habla, Mansilla cuenta. Sin las angustias de los años que nos han tocado, todo ojos y todo oídos, no nos perdamos la fiesta.

El arte de la ilustración plantea delicados interrogantes estéticos. No es, por lo pronto, un adorno prescindible que en ocasiones se agrega a la obra literaria. De serlo, la ilustración quedaría relegada a una mera función decorativa referida, más bien, al aspecto material del libro que a la literatura. Chipó Céspedes ha elegido la vía más difícil: la auténtica. No se ha propuesto un comentario marginal al relato de Mansilla. Tampoco lo ha tomado como pretexto para ejercicios de su mano, tan docta en inventivas. Sus ilustraciones no se limitan a una trasposición visual de tal o cual pasaje, de este o de aquel personaje. Su actitud se identifica con la obra misma. No son ilustraciones para la obra, sino que surgen de ella. Chipó Céspedes ha asimilado el tono del escritor, su timbre único y delicioso. Ha contado en imágenes, así como Mansilla cuenta con palabras. De aquí resulta que más de una vez oímos a Mansilla desde los dibujos de Chipó y, recíprocamente, el texto de Mansilla nos lleva con admirable normalidad a los dibujos. Se produce entre la versión visual y la escrita una fusión del mismo orden que la del poema con la música. Esta es la calidad que urgía destacar en estas ilustraciones y basta conferirles una precisa belleza.

Mucho más podría decir de estos dibujos. Hablar, por ejemplo, de su elegancia, la más ardua de definir entre las virtudes estéticas. La dificultad proviene de que la elegancia reside en la totalidad de la obra, nunca en uno de sus aspectos. La elegancia es la disciplina hecha espontaneidad: el esfuerzo artístico se vuelve naturaleza libre, agilidad sin trabas. Estos dibujos de Chipo Céspedes me recuerdan la respiración perfecta de algunos cantantes, el curso hablado que adquieren los versos de unos pocos poetas. La elegancia es un regalo de la madurez. Chipo Céspedes nos ofrece la elegancia del trabajo maduro y sus ilustraciones, acompañan con todo derecho la frescura intacta de la prosa de Mansilla.

Al cerrar las páginas innecesarias que ahora escribo, me atrevo a expresar una melancolía. Forjo una escena imposible. Evoco la casa de mis abuelos hace sesenta años. Alguien ha traído al atardecer los dibujos de Céspedes. Y allí me entero de que existe una historia que nos brindó la llanura y, maravillado con los dibujos, sueño con aprender pronto a leer para participar yo también de esas aventuras de lenguas y coraje, de caballos, lanzas y cielo que con orgullosa nostalgia comentan los mayores.